

El homenaje gallego a Camoens

Aboín

Formas de citación recomendadas

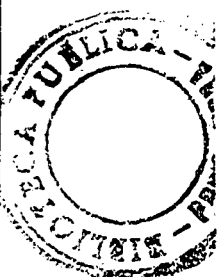
1 | Por referencia a esta publicación electrónica*

ABOÍN (2011 [1924]). “El homenaje gallego a Camoens”. *El Pueblo Gallego*: 260, 26 de novembro de 1924, 1. Reedición en *poesiagalega.org*. *Arquivo de poéticas contemporáneas na cultura*.
<<http://www.poesiagalega.org/arquivo/ficha/f/463>>.

2 | Por referencia á publicación orixinal

ABOÍN (1924). “El homenaje gallego a Camoens”. *El Pueblo Gallego*: 260, 26 de novembro de 1924, 1.

* Edición dispoñíbel desde o 3 de marzo de 2011 a partir dalgunha das tres vías seguintes: 1) arquivo facilitado polo autor/a ou editor/a, 2) documento existente en repositorios institucionais de acceso público, 3) copia dixitalizada polo equipo de *poesiagalega.org* coas autorizacións pertinentes cando así o demanda a lexislación sobre dereitos de autor. En relación coa primeira alternativa, podería haber diferenzas, xurdidas xa durante o proceso de edición orixinal, entre este texto en pdf e o realmente publicado no seu día. O GAAP e o equipo do proxecto agradecen a colaboración de autores e editores.



GALLEGO

COMENTARIOS INGENUOS

EL CUERNO Y LA RED

Hace unos días cayó, para no levantarse, con el corazón roto por la emoción, un hombre que presenciaba un partido de fútbol en Lérda.

Es la segunda víctima en el espacio de tres o cuatro meses. Estas dos muertes realzan de manera extraordinaria el prestigio de ese deporte.

¿Recuerdan ustedes que alguien se haya muerto de emoción en una corrida de toros? Bien sabemos que en las corridas de toros ha habido, en ocasiones, sangre humana en otro lugar que en el ruedo. Más de un espectador pagó su afición con la vida. Es verdad. No rehusamos reconocerlo ni tememos el parangón que cualquier taurófilo nos propusiese. Por el contrario, lo afrontamos nosotros mismos con la mayor serenidad. ¿Cuál era la muerte que alguna vez sorprendía al "aficionado"? El "aficionado" solía recibir en su pecho el estoque despedido violentamente por el toro. Examinemos esta clase de defunciones. De ninguna manera nos negamos a confesar que era extraña, tan extraña que no tiene cabida en ninguna de las abundantes clasificaciones de la estadística necrológica. Resulta imposible decir: "Don Fulano murió estroqueado en la plaza de tal parte". Igualmente se resiste uno a afirmar: "El toro "Palomino" mató a Zutano en un bajonazo". Y, sin embargo, esta sería la realidad, la increíble realidad que necesitaría una explicación para haberse diáfana y verosímil.

¿Era, por lo menos, oportuno el momento en que el aficionado recibía la estocada mortal? ¿Coincidió con un instante de entusiasmo tan agudo, de deleite tan hondo que pudiera pensarse que se marchaba contento de este mundo? No. Los estochos saltan casi siempre cuando el matador pincha en hueso o cuando, por impericia o cobardía, mete apenas una cuarta de espada. Entonces el buen aficionado se pone en pie, protesta, insulta al torero, requiere la indignación de los demás espectadores, jurano volverse a gastar el dinero en tales mojigangas..., y en este estado de renuncia de hostilidad contra la "fiesta"... ¡zás!... le atraviesan de parte a parte. Y, claro muere. Pero muere de mala gana, y disgustado y sin la menor ilusión. Lo mismo que si le atropellase un tranvía o le cayese un tiesto en la cabeza.

Ateniéndonos al sentido literal, este hombre es una víctima de las corridas de toros. Mas no podemos catalogarlo entre las víctimas conscientes entre las que rozan la categoría de mártires, que son las únicas que vienen a aumentar los prestigios de un deporte o de una creencia. ¿Qué haría ese aficionado si viese a tiempo volar hacia él la mortífera espada? Seguramente se arrojaría al suelo o se ampararía tras el espectador más próximo. Ninguna hipótesis sería se podrá oponer a esta hipótesis.

El devoto del fútbol no procede así. ¿Qué extraordinaria abnegación la suya! En primer lugar es arriesgadísimo suponer que el devoto del fútbol sea un simple espectador. La condición de espectador parece entrañar una actividad; y, si la entendemos así, el devoto del fútbol no es en ningún caso un espectador, porque siempre toma parte en la lucha por llevar la pelota hasta la red. No hay un buen aficionado al fútbol que se esté quieto en su asiento. Como un jugador de billar contorsiona su cuerpo en una imaginaria ayuda a las bolas, así este aficionado realiza en la silla o en la grada que ocupa tantos movimientos como pueden hacer falta para llenar de agujetas a un estibador. Se inclina a derecha o izquierda, "cargando" sobre sus vecinos de asiento, y en los momentos decisivos, cuando los jugadores de su predilección tiran a "goal", nuestro hombre no experimenta el menor reparo en pegar un fuerte puntapie a la señora sentada en la grada inferior, la cual señora, a su vez, también ha castigado los riñones del espectador colocado en nivel inferior... Esto suele ser tan frecuente que nadie se molesta.

Necesariamente, el aficionado al fútbol participa con mayor vehemencia en el espectáculo. Hay para él, sobre todo, un instante de ansiedad violentísima: ese en que la pelota amenaza una "puerta". Entre las ágiles piernas de los jugadores, el "balón" ha llegado hasta un extremo del campo... Resuena, como un cañonazo, una patada... ¿Entró?... ¿No entró... Un jugador la impulsa con la cabeza, otro la detiene con el pecho... El corazón de nuestro hombre late con una tremenda prisa... Allí va la pelota a lo alto; se alzan a su encuentro, en saltos magníficos, dos o tres mozállones... Momentos de confusión. Lío de cabezas. Después lío de piernas. El "portero", recogido sobre sí mismo, prevenidas las manos en un ademán de ansia indescriptible, espía todos los movimientos y aguarda... Patadas, patadas y patadas. Un jugador cae. Otro se levanta. ¿Dónde está la pelota? No se la ve. ¿Va a entrar? ¿No va a entrar? ¿Allá sale, como un proyectil, hacia la red! El "portero" la expulsa. El corazón del aficionado avisa:

—¡No puedo más, no puedo más! ¡Estallo!
Nadie ni nada impediría entonces que el aficionado abandonase el campo o, sencillamente, cerrase los ojos. Pero el aficionado, lejos de eso, se limita a decirle a su corazón:

—Aguarda... Ahora no puedo...
Torna la pelota a rodar hacia la red, la devuelven, insiste... El "portero" semeja un pelele cañoneado. ¿Cuál será el final de esta lucha?... ¡Oh... el portero hace ahora una salida! ¡Audaz salida!... El corazón gime:

—¡No puedo más! ¡Me muero!
Y el aficionado suplica:
—¡Un instante! ¡Resiste un instante! ¡Que vea yo el final de esta lucha, y estallemos juntos después!

Un griterío inmenso. La pelota ha entrado en "goal". El aficionado se lleva las manos al pecho y cae heroicamente muerto. Acaso ha dicho con júbilo a su corazón:

—Ahora... vámonos cuando quieras.
Piénsenlo ustedes: la superioridad de esta devoción, ¿no debía avergonzar un poco al aficionado taurino?

Por patriotismo, para evitar el rubor de que un deporte extranjero triunfe sobre la fiesta española por excelencia, los aficionados taurinos deben decidirse a fallecer de emoción en la plaza. No todos los días, pero cuando un maestro atice una buena estocada, o se luzca en la suerte de la "mariposa", o lancee ceñido y con arte, sería muy conveniente que algún abonado a barrera soltase una botella de manzanilla para llevarse las manos al pecho y morir de repente, "como los buenos".

Si por egoísmo o por cualquier mezquindad no lo hacen así... ¡peh!... ya pueden ir cerrando las plazas.

W. FERNANDEZ FLOREZ.

(Prohibida la reproducción).

ACOTACIONES

Según un árabe apólogo vulgar, buscaba un padre para su primogénito, adecuado profesor de pereza, cuando creyó encontrarlo en un barbialbo sujeto que filosóficamente yacía ensimismado al pie de una higuera. Entregó al supuesto profesor a su hijo para que en él imbuyera, no las ideas, que nunca pueden ser pereza por representar un dinamismo, sino las prácticas de que parecía haber fama el sujeto barbialbo. Tomó éste a su cargo la requerida enseñanza del adolecente y empezó a decirle cuáles son las verdaderas condiciones de un hombre que se precie de perezoso. En esta sazón una breva que en sazón también estaba, desprendióse del árbol, yendo a caer sobre la boca del discípulo, quien no se dignó hacer el mínimo esfuerzo de abrir la boca para engullirla. El profesor, como es lógico, devolvió el muchacho a su padre en la creencia de que nada podría enseñarle concerniente a la pereza que ya no supiera él intuitivamente. El cuento es de pura sustancia árabe y nos lo recuerda la reciente caricatura de un dibujante genial.

Como los árabes dejaron huella psicológica de su paso por tierras del occidente europeo, quedaron en las comarcas por ellos conquistadas, muchos herederos del adolecente de ese apólogo. Son los que todo lo fian a la intervención de lo sobrenatural, los jugadores de la lotería y los que quieren morir en olor de santidad, orando, al buen Dios que no desatiende a las canoras avecillas, mientras los angelitos bajan a la tierra a empuñar la manquera del arado que descuidaron ellos.

Tra herederos espirituales son del árabe del cuento, que hasta para ellos la palabra breva tiene una acepción que atribuye a dicho sustantivo la representación de un valor extraordinario y subido. Y han superado la casta. Y les caerá la breva sobre la boca y superarán la pereza del moro del cuento. ¿Quién sabe de qué serán capaces para justificar su refrán de "a todo hay quien gane"!

En la página 10, Información referente al homenaje de la Universidad compostelana, a Carracido

SOLAINAS

El homenaje gallego a Camoens

En fecha cercana se celebrarán en varios lugares de Galicia, con ocasión del cuarto centenario de su nacimiento, varios actos de homenaje a la gloria de Camoens —guía, señor y maestro de nuestra raza—. Es sabido que no hay plena seguridad en el día de la llegada al mundo del poeta. Investigaciones eruditas —que el curioso lector hallará referidas en la obra "Camoens e o sentimento nacional"— permiten atribuir el nacimiento al 4 o 5 de febrero. En el canto XI de "Os lusíadas", se alude a las estrellas infelices como madrinhas del bautizo del bardo. Como para tal fecha existía un augurio de catástrofes, debidas a la conjunción de varios astros, la identificación es fácil. No falta quien impugne la fecha, regateándole el honor de señalar la iniciación de una de las vidas más estimables que hubo en la humanidad. Mas, en fin, aniversarios y centenarios son sólo pretexto para la admiración, tales efemérides sirven para avivar sentimientos dormidos y enhiestar caídas exaltaciones. "Honorate l' altísimo poeta". No importa cómo ni cuándo. Lo que importa es que se acerquen hasta la actualidad sombras egregias, que, por ser cifra del espíritu de un pueblo, contribuyen a robustecer la conciencia nacional.

Camoens es el verbo de nuestra raza, de esta raza que un día se prolongó hasta mundos remotos, agregando al busto tronco de la cultura rica extremidades desconocidas. En el principio fué el verbo. El evangelio lusitano lo dió Luis de Camoens. Merced a sus rimas mag-

níficas, gallegos y portugueses adquirieron la revelación de su destino y marcharon, con el corazón ávido de aventuras, "por mares nunca de antes navegados".

"A minha alma e so de Deus o corpo douo eu o mar".

Así pudieron decir, en los tiempos del Renacimiento, Galicia y Portugal, fraternos pueblos atlánticos cuya suerte ha consistido, no en ser en ellos para sí, sino, más altruistamente, en ser ellos para otros.

Los versos de "Os lusíadas", abundantes en remembranzas de la mitología griega, pero en el fondo extraños a esa mitología, son, a la vez, la iniciación y cúspide de la cultura atlántica, el código espiritual de una raza, la fé de vida con que Galicia y Portugal pueden acreditar su existencia cuando llegue el día en que todos los pueblos deban rendir cuentas en el ultraterreno Valle de Josafat.

La Academia Gallega, el Seminario de Estudios, quizá también la Universidad, han echado sobre sus plurales hombros la dulce carga de la celebración del homenaje. ¿No podía Vigo ofrecer los suyos, púgiles y adolescentes, en delicado concurso? Sería bello que aquí, en honor al poeta portugués de oriundez galaica, nos reuniésemos unos cuantos a conspirar, en intimidad sigilosa, por el triunfo de la raza, sin más armas que imágenes y metáforas.

ABOIN.

Nafragio del «Ciudad de Cádiz»

Perce ahogada una señora indígena.—El resto de la tripulación consigue salvarse

PERDIDA TOTAL DEL BUQUE

Madrid.—Se conocen nuevos detalles relativos al naufragio del vapor de la Trasatlántica española "Ciudad de Cádiz", ocurrido en las costas de Fernando Poó.

El buque llevaba una marcha de siete millas por hora y chocó contra una gran roca no señalada en las cartas marítimas.

La trepidación, a consecuencia del choque, fué enorme.

Componían la tripulación, entre marineros de la Trasatlántica y pasaje, unas trescientas personas.

Todos lograron salvarse, excepto una mujer indígena que por pudor no quiso abandonar desnuda el camarote y subió a cubierta cuando el buque se hundía.

ATENCIONES A LOS PASAJEROS

Madrid.—Los naufragos pasaron el día internados en un bosque hasta que fueron recogidos por unas embarcaciones de motor.

Surgió, una vez trasladados a Santa Isabel, el problema del alojamiento. Tanto los empleados de la trasatlántica como el vecindario rivalizaron en atender a los pasajeros.

ENORME BALLENA HERIDA

Madrid.—Pocas horas después de ocurrir el siniestro cerca de la costa rocosa se encontró una gran ballena embarrancada.

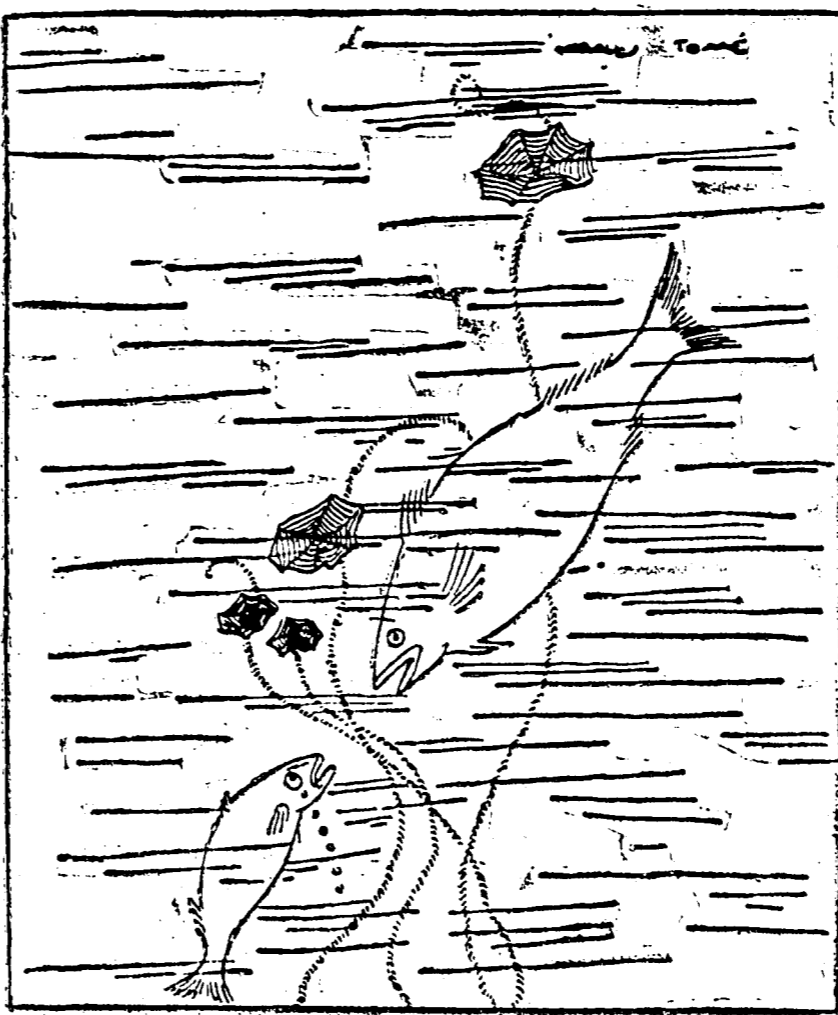
El cetáceo tenía grandes heridas suponiéndose que fué alcanzado por la explosión del "Ciudad de Cádiz", al sumergirse el buque.

El general Rodríguez del Barrio

El general de brigada don Angel Rodríguez del Barrio, que pensaba salir hoy, acompañado de su distinguida familia en el rápido para Barcelona, ha aplazado el viaje.

Obedece este aplazamiento de la marcha del pundonoroso militar, a asuntos meramente particulares.

NO NOSO MAR, Por VIDALES TOMÉ



—Mamá, déixasme ir a barraca da feira a "mirar", un fenómeno.
—¿E qué fenómeno é?
—É unha sardíña.